



Museo del Prado. El propio edificio, que es un palacio representativo de la arquitectura en la "parte antigua" y el aljibe árabe, definido por el Conde de Canilleros como ejemplar único.

Este Museo figura entre los diez primeros más visitados de España. En 1.982 el número de visitantes fue de 42.770 número bien alto facilitado por su misma ubicación dentro del conjunto Monumental, lo cual se lo pone fácil.

En la actualidad la actividad del Museo se orienta hacia tres funciones, con especial atención a la junta en su faceta formativa; Recuperación, restauración y conservación de los materiales; Actividades culturales y didácticas, proyecciones audiovisuales, visitas programadas de grupos escolares; Investigación en materia arqueológica, etnológica y de bellas artes. Dentro de esta última faceta se encuentran las excavaciones hechas en Maltravieso, Almorharín, Trujillo, El Gordo...

Uno de los problemas que al Museo se le plantea es la falta de colaboración, ya que la inmensa mayoría de los hallazgos no son comunicados y se quedan en manos de particulares, contraviendo toda la legislación vigente. También considerado como problema es la labor de los aficionados, que sin suficiente preparación se dedican a excavar los yacimientos arqueológicos, causando perjuicios a la tarea científica. El Museo busca una colaboración y que se comprenda que sin una preparación no se puede desarrollar un estudio científico de los hallazgos.

El actual director. Antonio Alvarez Rojas, centra sus preocupaciones en la recuperación del patrimonio de manos de particulares y en las actividades culturales de difusión, entre las que destacan las proyecciones audiovisuales que semanalmente se celebran sobre temas como Barrio Monumental de Cáceres, Puente de Alcántara, Vías Romanas de la provincia.

E. T.

Nuevo Libro de  
Sánchez Pascual

## "LA ALTURA DE LOS SATIROS" Inicia la Colección "6 de Diciembre"

*Este poemario —breve— de Angel Sánchez Pascual, en edición de la Conserjería de Cultura de la Junta Regional, inicia la colección literaria "6 de Diciembre" como homenaje de las Letras a la fecha de promulgación de nuestra Suprema Ley, que es la Constitución. Tinte político a la forma pura y liberal que es —y debe ser— la creación lírica, libre como un pájaro no enjaulado.*

*El poemario "La altura de los sátiro", concebido en la forma estructural con versos de arte menor —heptasílabos—, a veces con algún endecasílabo por la devenir prosódico es un canto con unidad de poema, de puro testimonio, vital, de la andadura aquí abajo, del hombre que siendo puro va a tropezarse —tropieza—, con la máscara del mundo. ("Cómo aguantar ser hombre/si ser un heredero/ la reja de un arado/un médico, un otoño...?).*

*Desenfadado, alegre en la ironía de lo sátiro, exclama: "Hay que vivir a tiempo/para morir a tiempo...". Y acierta, sublime: "Mi soledad es luz/ circundada de noche/. En esa luz hablar/ amor es y no ansias/. ¡Que delicia robar/toda la bendición para la estrella...!*

*Camina el poeta —de "Ceremonia de la inocencia"— y "No conozco a los hombres/ es este mi consuelo/ mi mal así no pierde/ firmeza cuando agarro/ mentira por cautela/ para seguir tan puro,/ lavándome agua sucia...".*

*La poesía de Sánchez Pascual —de profundidad de pozo cuya agua es blanco de plata a la luz de la luna— se eleva a lo trascendente. En algún verso, dice: "El hombre es un ensayo".*

*Como este poemario, ensayo poético de lo que está por cima de lo sátiro: La bondad del perdón.*

M. SERRANO

# ALCANTARA

Para  
conocer  
Cáceres

# Relato FATIGOSA TAREA DEL RECUERDO

POR : PIEDAD SILVA



dos de convivencia con Luis, de sentencias del tipo "Tú pensarás lo que sea, pero visceralmente te sale la señorita", nadie me podía quitar mis escozores incómodos en situaciones de privilegio.

Tuve que emplear, pues, mi ingenio para convencerla de que, si el autobús no nos prestaba la airosa combatividad de mujeres al volante, sí que nos ahorra el aspecto desmayado de veraneantes a la antigua. Y aunque el Bañerío no era santo de su devoción, porque nos iba a empañar el descanso la tarea fatigosa de los recuerdos, "Tú no sabes, hija, lo que envejece recordar", se dobló finalmente a mis deseos que no estaban por ir a cualquier lugar de veraneo convencional. En principio había aceptado con un fatalista "Ya tienes edad, Albertina, de saber lo que te haces", pero, una vez estuvo tomada la decisión, intentó despachar su contrariedad con una novelaría bastante cauta, "Hay que conocer de todo en esta vida", deslizándose más como mandato que como consejo "Ahora, hija, que si es bueno, mejor que mejor", mientras me contaba que ella nunca hasta entonces se había visto obligada a subir al coche de línea, no por nada, sino porque no había tenido necesidad, "Antes se viajaba solamente por necesidad o por capricho...", pero que papá, y precisamente para reunirse con nosotros allí, siendo yo muy niña, alternaba el tren con el coche, "Dónde va a parar, el tren" suspiraba mamá echando de menos quizá el vagón de primera, ante el rebullicio de los viajeros que, como en un cuarto de estar amplio, compartían bocadillos, la solares y el olor corrosivo del sudor anónimo que disipaba muy brevemente una ventanilla abierta.

Que nosotras no formábamos parte de aquél ejército nómade que parecía acostumbrado a caminar junto por los siglos, se notaba en que, desde que nos subimos al coche y nos acomodamos muy estrechamente, tan preparados viajeros ni ante el calor insoportable ni la inmediatez de los asientos perdía su halo de peregrinos optimistas del que sólo ante nosotras se recataban con un uff de corteja. Y es que ni nuestras caras, a pesar del arreglo imprescindible, "A cierta edad una cara lavada es una mala cara" me conminaba mamá, ni el impecable camisero de mamá ni mi fogoso jeans fucsia podían nada para ocultar a dos siniestros aguafiestas. Y ninguna de las dos hubiéramos dado nada porque fuéramos capaces de resistir hasta nuestro destino y soportar la hora larga que nos restaba, si la ironía del momento no nos hubiera alojado los nervios en una agradecidísima carcajada, que no fue sino la metamorfosis del grito de terror que el dios viajero tuvo a bien concedernos, cuando, y sin pataleo del respetable, enchufó el conductor la casset de los chistes de Arévalo. Tras de eso ya y con el convencimiento de que, a partir de ahí, estábamos preparadas para lo peor, mamá se caló las gafas para enfrascarse en la lectura de una revista y yo, para alejar de mí la pregunta insistente de qué harán

Aunque mamá había insistido en que tomáramos un taxi para nuestro viaje de reposo, si es que no queríamos deslucirlo desde su comienzo, a mí ya, tras diez años redon-

ahora Luis y los niños, me dediqué a reconocer mi verano sempiterno en el campo viejo y hostigado por la burla del cielo, en el asfalto que empezaba a licuarse como río único y negro, en contar los kilómetros por los postes con ese afán de notario frustrado que desentierro cuando la necesidad de distracción es acuciante.

Había venido a olvidarme de Luis y de los niños, y a reponerme, en una especie de vacaciones de soltera, del surmenage. Me gustaba la palabra surmenage en aquel parte de baja que el médico pronunció abiertamente. Surmenage leyó cabalmente Luis. Surmenage de niño, lávate, come hija, Luis la camisa, el cuello, el pantalón Luis, niños las orejas, niños las manos, Luis hoy no. Sobrecarga, la figura abatida de la red lo dibujaba. Sobrecarga de pequeños pesos sin importancia, cajas perfectas con su papel de estraza, bolsas de grandes almacenes, bolsos de escaí, bolsas de lona, envolturas de pastelería, pequeños bultos de regalos, bultos en papel de periódico, un neceser de bebé, cestas de mimbre y meriendas, bolsas de playa...



S.M.

La voz de mamá, a la altura de la Ermita, acabó con mi retahíla, "Estamos legando". Estábamos donde yo había elegido venir para revivir mi historia, esa historia que había dejado por hacer desde que me casé con Luis; todo lo que había seguido y quedaba de mí era la media naranja de una entera. Allí estaba para recomponerme con los añicos de los recuerdos únicamente míos. Y en el mismo lugar de siempre repitió mamá:

—Se nota ya el aire más fresquito. Papá nos traía de noche para notarlo más, ¡dormíamos con colcha!, y, tarde que fuera, Anatael en la puerta. Y después de un silencio para rezar por papá, en ese acto de reconciliación con que pedimos perdón por seguir vivos a nuestros muertos, mamá añadió:  
En Plasencia murió el pobre Anatael.

Paró el coche donde el café de Julio y la voz del conductor, que había tomado esa confianza resuelta que da el calor, recordaba a los viajeros, aunque el coche prácticamente se vaciaba en el pueblo, "Quince minutos para el refresco y en marcha", con un sonsonete de pregón. Mamá, que aguardaba sentada todavía, tenía los ojos fijos en el mismo sitio en que los míos se habían detenido con ese interés morboso que la mirada pone ante lo que nunca hubiéramos querido ver, el banco donde se sentaba el maletero Anatael lo ocupaba hoy un hombre que, haciendo caso omiso del calor, tocaba su cabeza con un verdugo gris y cuya mirada, indiferente ante la avalancha de viajeros, se iba posando con curiosidad de maleta en maleta. Con miedo de que me tuviera por loca, "Parece el Anatael!" le comenté a mamá y ella me reconvinó con que así era porque los recuerdos pesan que hasta los muertos parecen vivos.

Saqué fuerzas del miedo para confesarle que no quería bajarme, que me había entrado ese pánico irracional que supone que entra ante lo inesperado y que arreglará las cosas para que pudiéramos seguir adelante, "Seguiremos hasta el final", le dije. Mi madre se levantó y respiró con el gesto aliviado, "Es la primera idea sensata que te conozco, Albertina", y bajó para arreglarlo. Iriamos a un sitio cualquiera donde todo fuera nuevo. No me gus-

taban esos pedazos de memoria que quedaban enteros: Anatael canturreando clavelitos, Anatael excitado por las bromas socces de las criadas, Anatael sátiro de ninfas pueblerinas y recortados prados. El grupo de los niños que juegan ajenos y felices, el grupo chillón de las muchachas y el Anatael.

La mula solitaria pastando eternamente y yo sola en mi desconcierto, aguardando la llegada de papá y mamá carrretera abajo. Los besos de papá y mamá, "Niños, sed buenos" y "Cuidado con la carretera", mamá. El cencerro en la boda del Anatael como el torvo reír de la lechuga. Anatael voluntarioso y fino, "La maleta de la señorita Albertina", en la Parada del Carmen.

Agradecí al canturreo de las estudiantes del último asiento que hilvanaban canciones de amor, como mujeres solas; que la señora del bebé, "Si no le es molestia, por estirar las piernas", me pusiera en los brazos aquel rebujo de cálidos berridos; que el chico que no paraba antes de reirse blandamente me ofreciera tabaco. Mamá me subía mi refresco y mi bolsita de avellanas, "Si ustedes gustan".

—Ya está todo solucionado. La ventaja de ir solas— y sacando su barrita de labios. Anda, ponte un poco de color, que tienes una cara fatal.

En la curva los chopos arrogantes daban su inclinada espalda a la fuerza del viento y corrí la ventanilla porque el aire me empezaba a ser molesto.

9 de Marzo de 1.983.

# La Vuelta de la Gaja

Señalamos hoy la presencia de dos voces poéticas, que aún hermanadas por haber sido laureadas con primeros premios en el "Certamen Ruta de la Plata", instituido por la familia García-Plata, son distintas

Una sección coordinada por Miguel Serrano Gutiérrez

en la reflexión objetiva y en la propia forma, estructura formal, de hacer el poema. El poema, esa palabra, que como adjetivo es la suprema forma del discurso.

Enrique Louzado, cacereño de Villanueva de la Sierra, con ese lirismo de lo entrañable, de juego de palabras de agua por su palmoreo plácido, de aire y nube, como queriendo siempre, subir él, a otros espacios.

Gabino Iglesias, del Cáceres mismo. Voz que no sale a

flamear todo lo que quisiéramos, pero que está ahí, tal vez encogida, pero llena de fuerza, de una fuerza emocional, propia del testimonio vital entre el hombre y su entorno, dura a veces, pero cálida y emocionada por su rito.

## CANCION DE PRIMAVERA

## EN PRIMAVERA



Mejorana y romero,  
tomillo y agua,  
caballito del viento  
azul y malva,  
Sobre arista de fuego  
la luz cabalga.  
Los guijarros le han hecho  
puenta de plata.  
Y bellones de espuma,  
de espuma blanca,  
almohadón de caricias  
en sus pisadas.  
El perfume y la brisa,  
la luz y el agua,  
caballito de viento  
azul y malva.  
Primavera ha llegado  
sobre sus alas.

Enrique Louzado.



Huele mi tierra  
a campo seco  
a encina recia  
y a olivo viejo.  
Arbol cuajado  
de flor y trino,  
dáme la rama  
de mi destino.  
Sacad del pozo  
el frío aliento.  
Abrid su vientre  
a sol y almendro.  
El río lleva  
turbios secretos.  
(En las acequias  
son pensamientos).  
Suspiro negro  
suspiro azul,  
(quien vá delante,  
¡El otro o tú!).  
Sendero arriba  
las ansiedades.  
(Camino abajo  
las soledades).  
Naranja herida  
viene la tarde.  
(Cuatro vencesjos  
trás los cristales).  
Fragil la noche  
sobre la charca.  
(Sudor de junco,  
sabor de acacia...).

Gabino Iglesias.